



Esta semana pudimos ver en el Teatro Juan del Enzina, en Salamanca, una obra singular, La tumba de María Zambrano. Pieza poética en un sueño. La obra, estupenda por cierto (más me gusta cuanto más la pienso) dirigida por Jana Pacheco, con texto de Nieves Rodríguez Rodríguez, se enmarca entre los actos programados para la conmemoración del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca.

Entré sobrecogida en la sala, se escuchaba de fondo la voz de María Zambrano, esa voz inconfundible, quebrada por los años, pero con la fuerza de su palabra profunda y reveladora. Esa voz que yo había escuchado tantas veces en su casa de Antonio Maura, en Madrid, en los últimos años de su vida. Su voz de sibila, como la definiera Lezama Lima en el poema que le dedicó en 1975. Recuerdo también haberle oído decir a Julia Castillo que salía de casa de María como aturdida, hipnotizada por aquella intensidad. Compartíamos esa sensación, porque a mí me pasaba lo mismo, después de estar con María salía a las calles de Madrid y todo me parecía irreal, como si viniera de muy lejos, de muy hondo, de algún lugar sagrado, como si hubiera sido testigo

EL REVUELVEPARVAS
AMALIA IGLESIAS
ESCRITORA

LA TUMBA DE MARÍA ZAMBRANO



de una revelación. Y uno de los mayores logros de esta obra es que consigue transmitir esa sensación que se respiraba al escuchar a María, algo del «saber sobre el alma» que se alojaba en sus palabras.

Retornaba María Zambrano esa tarde en el teatro salmantino, a través de unas pocas y bien resueltas pinceladas biográficas (su hermana Araceli y la tragedia de su vida, el padre Blas Zambrano, institucionista, amigo de Machado, la infancia de María niña, las guerras y la agonía de Europa, el exilio, el hambre,...) perfectamente equilibradas con algunos de los símbolos y motivos más potentes de su obra (el laberinto, la caja de música, la metáfora del corazón, la consolación, la conciencia, la piedad, la culpa, la aurora, la razón poética, la palabra

perdida...).

Salí del teatro Juan del Enzina recordando aquel 6 de febrero de 1991 cuando murió María Zambrano, hace ya 27 años. Yo había estado visitándola unos días antes en el Hospital de la Princesa y supe que era la última vez que la veía. Luego tenía que viajar a Córdoba a dar una lectura de poemas. Recuerdo que me fui en un taxi desde Córdoba a Vélez para acudir a su entierro. Después de tanto peregrinar tras un exilio de más de cuarenta años, María Zambrano había vuelto a su tierra natal. Llegué a Vélez hacia el mediodía. Entré en un pequeño bar a comer algo. Allí viví un extraño incidente. Estaba yo sentada en una mesa mientras en la barra tres hombres vestidos de buzo de trabajo se reían y hacían bromas y

chanzas sobre María. Eran los operarios que habían estado preparando su tumba. Me avergüenza sólo repetir sus palabras. Recuerdo que se me hizo un nudo en la garganta, me levante y fui hacia ellos y les dije que eran unos impresentables, que si conocieran lo que esa mujer había escrito y vivido no se atreverían a hablar de ella con ese desprecio, que merecía respeto y reconocimiento. Los hombres enmudecieron, uno de ellos se puso muy rojo y todo el local se quedó en un silencio prolongado. Pagué y me fui. Subí hasta el Palacio del Marqués de Beniel, en cuyo patio central estaba instalada la capilla ardiente. Iba enfadada por lo que había sucedido pero la imagen que vi me reconcilió con el pueblo: había una muchedumbre de colegiales desfilando despacio y de uno en uno se iban asomando al féretro donde yacía María con su vestido blanco de terciaria franciscana.

En la Iglesia, durante la misa yo estaba en primera fila, con Isaías, Lidia, Rafael, Jesús Moreno,... y recuerdo una imagen imborrable. Durante toda la ceremonia un joven inocente, uno de esos ángeles custodios siempre niños, estuvo al lado del ataúd, en uno de los laterales, muy cerca, de modo que de vez

en cuando estiraba la mano y acariciaba su madera triste, como si estuviera acariciando a María. Me hizo pensar en Marianito, ese primo que la acompañó toda su vida, la cuidó y la siguió como si fuera su sombra. Marianito no había podido venir, estaba en Madrid muy enfermo y murió unos días después. Cuando acabó la ceremonia recorrimos a pie, bajo un gran silencio, las calles de Vélez detrás del féretro. Ya en el cementerio colocaron la caja en esa pequeña casa franqueada por un naranjo y un limonero, en cuya fachada central puede leerse una frase del Cantar de los Cantares que ella misma eligió: «Surge amica mea et veni». Durante años han acudido allí todos los gatos del entorno, porque alguien les daba de comer sobre su tumba.

Tiempo después me escribió Rafael Tomero, me decía que alguien creía haberme visto en la tumba de María Zambrano poniendo flores y comida para los gatos que allí se reúnen. No era yo, pero algún día volveré allí y llevaré flores y comida para los gatos. Hoy, viendo la obra de Jana Pacheco y Nieves Rodríguez, me han entrado muchas ganas de ir a conversar con María Zambrano.